

El Eco de Cartagena.

Año XXVII.

DIARIO DE LA NOCHE.

Núm. 7652.

PRECIOS DE SUSCRICION.

CARTAGENA.—Un año, 4 pesetas; tres meses, 2 id.—PROVINCIA, tres meses, 7'50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 12'50 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Corresponsales en París para anuncios y reclamos, M. A. LONNETTE, rue Caumartin, 61.—JOSÉ F. JONES, 2, rue de Valenciennes-Montmartre.—En Londres, 166 Fleet Street E. O.
Números sueltos 15 céntimos.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, cuando el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.
Administrador.—D. RAFAEL GARRIDO LÓPEZ.
REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR, 24.
Anuncios á precios convencionales.

SÁBADO 14 DE MAYO DE 1887.

CARTAGENA,

LO QUE HA SIDO Y LO QUE TIENE DERECHO A SER.

(Continuación.)

Algunos de aquellos infortunados caballeros, impulsados por la abnegación sublime á que obliga imperiosamente el santo sentimiento de la paternidad ó de la piedad filial, salían de sus casas por la noche, y locos de dolor, convulsos de vergüenza y temblándoles la voz por la emoción, alargaban la mano á algún transeunte, al parecer acomodado, demandándole un socorro.

Horrible desventura, á lo que obligas!

Y si, por fin, las clases mejor acomodadas de la población hubiesen podido socorrer suficientemente á aquellas infortunadas víctimas del honor que debían á su uniforme, y de las desventuras de su patria, no habría llegado su desdicha á un grado tan lamentable y desesperado; pero, como queda dicho, el comercio era nulo y la propiedad nada tampoco producía. Por el temor de que las casas acabasen de arruinarse por falta de ventilación y cuidado, se daban gratis á los que querían habitarlas.

Con la prostración de la Marina y con la absoluta paralización de trabajos en el Arsenal, únicos veneros de la riqueza de nuestra ciudad, quedó ésta postrada y empobrecida. Otra cosa habría sucedido si, como en nuestros días contara con riqueza propia.

Del tristísimo cuadro de las desdichas que acabo de bosquejar, y de cuya acción por mi desgracia fui testigo en mis años, podrán quizá dar fé algunos de mis oyentes, si por acaso hay alguno entre vosotros que participe de la desgracia que me aqueja; la de la vejez. He querido de intento en ese cuadro una porción de detalles de penosísimo recuerdo para no acentuar más la tristeza que forzosamente ha de inspiraros.

Aquellos tiempos difíciles pasaron por fortuna; pero su doloroso recuerdo debe servirnos de lección.

En cómo el individuo y la familia, alocionados por la desgracia procuran prepararse contra sus nuevos ataques buscando los medios de burlarla, de la manera en que los pueblos deben seguir un provechoso ejemplo.

La naturaleza anímica del hombre es ávida y acomodaticia; se habitúa fácilmente á las existencias del progreso, y como le placía, para alcanzar á realidades, busca nuevas fórmulas, ensaya métodos, rectifica errores, se asimila en sí, y así se permite la figura, los átomos y las moléculas del espíritu perspicuo y progresivo de otros hombres, de otros pueblos y de otras edades; y la re-

novación y el progreso en el espíritu y en la inteligencia, es una ley tan constante, tan irresistible y tan providencial, como lo es en la materia.

Y sin embargo del axioma que acabo de sentar, ha tenido siempre el pueblo cartagenero dos capitalísimos defectos que no ha querido, ó no ha sabido combatir jamás; y sobre esto llamo toda vuestra atención por que ellos han de ser premisas de mis conclusiones. Perdonadme por la delación en que yo mismo estoy envuelto.

El pueblo cartagenero que desde tiempo inmemorial viene siendo en su importancia, en su riqueza y en su ruina el fiel reflejo del Estado, por su especialísimo modo de ser, como receptáculo de los intereses creados aquí por la Marina de guerra de todos los tiempos, debido á la excepcional excelencia de su pueblo, ha fiado demasadamente en este auxilio, y no ha sabido ó no ha querido emanciparse de su dependencia creándose una riqueza propia é independiente de la suerte del Estado.

Cuáles el primero de sus defectos.

El segundo consiste en rendir culto exagerado á la idea individualista.

Aquí somos partidarios, estamos enamorados de la independencia individual, sin pensar que esta fiera virtud entraña sus peligros.

Cada uno de nosotros nos creemos suficiente para toda clase de empresas, fiando á nuestro valor é ingenua energía un éxito seguro. Nos orripila el tener que compartir con otros los esfuerzos que se necesitan para dar cima á los negocios más áridos é importantes. Cuando por sí solos no podemos hacer la cosa, la abandonamos por imposible. Inspiranos un santo horror la asociación. No queremos dejarnos dominar por nadie: ni por la fuerza y muchas veces ni aún por la razón.

Este carácter, que bien guiado sería de una gran virtualidad, cuando se exagera y no se somete al imperio de la razón, es de un efecto contraproducente.

Verdad es que en el presente siglo; y sobre todo en nuestros días, se han dado aquí ejemplos de cuanto puede el hombre aislado, merced á la perseverancia, á la inteligencia y á la voluntad inquebrantable; ejemplos dados por hombres que desde las posiciones más modestas, sin el auxilio de la asociación y fiado solo en sus esfuerzos personales, han logrado en pocos años elevarse al pináculo de la fortuna y algunos de ellos al do los honores. Hombres que si se hubiesen unido en una empresa común y hubiesen desplegado juntos el mágico ressorte de su génio; si la empresa elegida fuera por ventura al engrandecimiento de su amada patria, Cartagena habría llegado á ser la envidia de la generación presente; porque no es solo la prodigiosa fuerza que aunados por el bien común hubieran podido desplegar con su fé, con su per-

severancia y con su inteligencia, sino que además hubiesen sido auxiliados por la fuerza colosal de la opinión unánime del país, alentándole con las simpatías y el respeto que siempre logra inspirar á este hidalgo pueblo el ejercicio de las virtudes cívicas.

Entramos en la segunda mitad de nuestro siglo, principio de nuestro presente, y hemos llegado por fin á la aurora de nuestra rejenecación.

Esta metafórica aurora, como la que diariamente engalana nuestro purísimo horizonte, no pasa aún de la categoría de crepúsculo, más ó menos diáfano, más ó menos luciente, pero como tal crepúsculo deberá ser seguido necesariamente del verdadero día, de la luz benéfica del sol.

El sol asceñderá hasta el zénit de nuestro horizonte para vivificarnos, cuando nos hagamos por completo dignos de contemplar su luz sin avergonzarnos de inercia é indiferencia; cuando nos empeñamos en sacudir la pesada neblina en que aún nos hallamos envueltos; niebla molesta é importuna que solo desaparecer puede al soplo de poderosa voluntad.

(Se continuará)

ECOS DE MADRID.

13 de Mayo de 1887.

La gran novedad la constituye el mostuario humano filipino que ha llegado á Madrid para figurar en la próxima Exposición de productos de las posesiones españolas en Asia.

Se hospedan en el Parque de Madrid y acude la gente en tropel á contemplar esos tipos de la especie humana que con rara habilidad y artefactos primitivos, elaboran los codiciados tejidos que han dado fama á Manila.

La misma curiosidad sienten ellos que los que van á contemplarlos: pero tienen la ventaja de que satisfacen la suya sin moverse, en tanto que nosotros necesitamos ir á visitarlos para satisfacer la nuestra.

Los periódicos han dado minuciosos detalles de las costumbres de estos pintorescos huéspedes. Cuando la Exposición abra sus puertas, lo que tardará en suceder un mes lo ménos, porque aún queda mucho que hacer, cuando se forma la aldea típica, y veamos funcionar á los artistas que aún están entre bastidores, procuraré pintarlos en conjunto.

Con gran entusiasmo han empezado los preparativos de otra Exposición, la de la provincia de Madrid que por iniciativa del Ayuntamiento ha de celebrarse el año próximo.

La de Bellas Artes, comenzará en breve, estrenando el Palacio que se ha construido en el Paseo de la Castellana, cerca del Hipódromo, edificio espacioso, de elegante y esbelta construcción,

—¡Cuanta Exposición! dirán los lectores.

No lo saben bien.

Entre otras cosas hemos estado expuestos á tener un profundo sentimiento.

La otra tarde corrió un rumor que cierta historia de reciente fecha hacia verosímil.

—Mazzantini está herido! decían.

—De alguna cornada?

—No, hombre... ¡que cosas tiene usted!

—Pues me parece que tratándose de un torero...

—Todo lo que V. quiera, pero ha sido de un pistoletazo.

—Que me cuenta V.?

—Se ha batido.

—Con quién?

—Con un crítico.

—Y los críticos se esplican á tiros?

—Así parece.

—Pero la herida es grave?

—Gravísima.

—Un hombre tan simpático...! un diestro tan... diestro!

—Hace dos ó tres días que no se le ve en ninguna parte!

Noticias y comentarios circularon con rapidez, la casa donde habita el insigne torero se llenó de admiradores y amigos, todos querían saber su estado.

—¿Dónde es la herida? preguntaban unos.

—¿Le han extraído la bala? interrogaban otros con ansiedad.

Al fin se tranquilizaron los ánimos.

Mazzantini no estaba en Madrid, molestado por el reuma, que también los toreros son á veces simples mortales, se había trasladado á Alhama.

Nada de desafío!

Mucho menos de pistoletazo!

Razón por la cual, la bala quedó reducida á una bola.

Más vale así.

En el Circo de Price llama la atención un artista—llamémosle así—que presenta una colección de lobos, no solo domésticos sino amaestrados.

El espectáculo es sorprendente y consolador.

El hombre puede convertir al lobo en manso cordero y lo que es más, en cordero ilustrado.

Los lobos hacen maravillas.

Pero esta exhibición de la ferocidad vencida, no debe solo examinarse bajo el punto de vista pintoresco.

En esos ejercicios donde el lobo demuestra una docilidad simpática y comovedora, pueden los jefes de los partidos políticos hallar el medio de restablecer la relajada disciplina de sus subordinados.

Hay ciertos platos de asimilación.

¿Qué es lo que quiere el lobo? Comer.